

Relatos perfectamente ilustrativos de una vida cotidiana

Louis Guzmán

LOUIS  
GUZMÁN

RELATOS  
PERFECTAMENTE  
ILUSTRATIVOS  
DE UNA  
VIDA COTIDIANA



# Capítulo 1

## 1. SOBRE ENTREVISTAS

Fue aquella una nueva entrevista para el canal nueve. Imaginemos pues, que la televisión no había quedado del todo olvidada. Porque quizá así lo fuera, algún que otro ser todavía, osaba de vez en cuando sintonizar un viejo canal e intentar mantenerse atento a la transmisión por más de dos minutos consecutivos. Falla de las grandes, la retención de la atención es ya poco más que un vago comentario transmitido por algún vejestorio. En fin, recuerdo al público allá, todos acomodados en sus asientos de plástico, viendo al entrevistador y a mí, iluminados por esos ya discontinuados focos que expelen calor a raudales. Yo cual poeta vestía en aquel entonces todo de negro, desde agujetas hasta camisa y saco. En mi vida había escrito yo un solo poema, pero igual vestía de negro y dejaba que mi cabello tomase el rumbo que quisiera, buscaba yo parecer un loco en trajes y en cueros. Mi mirada un poco bifurcada ayudaba a darme una extraña expresión de buscador entre las sombras. El entrevistador era aún entonces más joven que yo, pero estuve seguro desde que me le senté enfrente que él había leído mucho más, analizado cuanto texto se le ponía enfrente con ardua devoción crítica. Él tenía hambre de crecer en su trabajo de entrevistador, yo no. Yo había escrito en aquel entonces y luego, había publicado y había visto gustar a la gente. Probablemente a esos mismos que aquel día eran el público pero, siempre he estado lejos yo de anhelar ser más de lo que puedo ver a mi siguiente paso. Mi madre y mi padre siempre lo vislumbraron en mí, no dejaban de llamarme el... bueno el flojo, el deslumbrado. Aun con todo, me las arreglé para ser entrevistado. Y cuando estuve ahí por primera vez fue extrañísima la sensación porque, yo me sentía más que un escritor, un actor. Pues las cámaras como que me sonreían y tuve la percepción de que el público me lo estaba creyendo todo. Incluso logré engañar al joven entrevistador y le dije cuanta farsa se me ocurrió, graciosísimo el asunto. Pero me sentí pleno en ese papel, el de escritor. Porque era fácil decir cuánto yo creía y se tomaba a mis palabras como a las de un genio, como a las de un verdadero artista. Pero que va, el arte estaba en mi actuación. Imagínate que me inventé yo una relación con una dama argentina que había venido a México para estudiar. Por supuesto nunca existió. Un melodrama de los buenos, y hasta un triángulo amoroso con una colega escritora. Logré que el público se riese y que se sorprendiera sobremanera cuando conté hasta mis fetiches. No me juzgaron, más me clasificaron de un ser extravagante, que quizá eso si lo sea después de todo. Y cuando me preguntó el entrevistador qué me había motivado a escribir, yo le contesté con la mejor de mis actuaciones; que no había otra manera de ser para mí, porque yo no era bueno en nada que no fuese escribir. Y lloré entonces, explicando que la literatura se me escapaba cuanto más yo la buscaba, y que la perseguiría hasta el fin de mis días. Que ahondaría en la noche entre mi insomnio y la migraña. Que buscaría en cada persona que

se me cruzase, que buscaría en el silencio del panorama allá en lo lejos donde se pierde el mar. Que buscaría en cada mirada y cada palma fría en diciembre. Que me volvería corvo en mi silla y ciego en mi luz. Que correría tras ella hasta el día en que fuese justo y necesario, llamarme escritor.

—¿Y qué pasó entonces?

—¿No la haz visto? Todos se levantaron de sus sillas y aplaudieron al magnifico actor que fui. Algunos incluso lloraron conmigo, fui tan feliz. Y cuando salí de la entrevista, te contaré. Había una chica de lo más hermosa, una de esas con ojos de gato y manos pequeñas. Juro que ese día, cuando la vi alcancé la literatura porque todo en ella era poético y por ende fuertemente oculto. Me temblaban las manos cuando le entregué mi librito autografiado, y me miró y me dio las gracias con su sonrisa tierna de niña. Han pasado ya tantísimos años, y no he olvidado un solo centímetro de su figura. Pero he aquí lo verdaderamente difícil, pues. Yo encontré en ella o más bien vi en ella, todas las palabras necesarias. Pero no supe darles forma porque una a una, se me fueron apelotonando. Pobrecitas, ino! Pobre de mí. Pobre de mí que no soy ni un ápice del escritor que me gustaría llegar a ser. Y mi chica literatura que me sonrío y luego me da la espalda, dejándome como lo que soy.

—Entonces se refiere usted, a que sí es un actor.

—En efecto. Pero uno que sueña con ser escritor.

—Y partiendo de sus premisas, ¿Qué más es usted? Ya nos ha contado que aparte de un escritor en pugna es también un actor del melodrama. ¿Pero quién es usted cuando nadie le ve, quién es en su día a día?

—Bueno no es una pregunta complicada, cuando nadie me está viendo o escuchando, no soy nadie. Entonces es cuando escribo.

—¿Y quién es usted cuando escribe? Es decir, más allá de ser un escritor.

—Pues un loco... ¡Ah! Mira cómo se ríe el público. Es que yo soy un Showman, velo con tus propios ojos y júzgalo si no. Y escúchame bien, porque esta es la primera vez que lo digo para una entrevista y es que, también acabo de descubrirlo.

—Somos todo oídos.

—Yo soy también un co-me-di-an-te. Vamos, tengo que reír ahora que estoy aquí, déjame reír aquí, porque en casa solo sé llorar a mis flores.

—¿Y qué le ha pasado a sus flores?

—Mis flores murieron. Fue trágico, hace ya unos ayeres pero cuando las recuerdo, no puedo evitar sentirme como el peor de los villanos. Y es que a menudo mientras intento leer o pintar, porque también soy pintor, me encuentro a mí mismo preguntándome si no he sido yo el malo de todas las historias, porque maldito de mí que todo busco y que encuentro y que luego me es nada. Esa bella joven que sonrió, y que dejé ir. Mi madre que se fue y yo lo permití. Esa vez que fui escritor y no se repitió más. Mi gato que murió cuando yo dormía. Lo he dejado ir todo, porque nada me hace feliz. Y he sido yo una completa búsqueda de la nada misma, por eso no tengo más que cuanto cargo ahora, y unos pocos libros y unas pocas telas en mi casa. Incluso los nada me dejan. Por eso estoy seguro cuando te

digo que nada me hace feliz más cuando...

—Cuando se le entrevista.

—Sí, así es. Pero mira ahora, el público ya se ha ido. De nuevo, como siempre. Creo que solo queda uno allá a lo lejos. Espero que la cámara me grave por lo menos has hasta que tú te vayas.

—La cámara es suya, y para usted. Hasta que usted se canse.

—Gracias, gracias. Me preguntó si tú tienes algún parentesco con aquel otro entrevistador, me le recuerdas mucho. Aunque en aquel entonces, el también vestía de negro, desde agujetas hasta camisa, y saco. Aquella vez logré engañarle era joven como yo, pero tú. Bueno tú eres viejo igual que yo. Tantos años, ya no sé qué entrevista es esta pero, al público lo que pida ¿no? Creo que ya no puedo engañarlos más. Ah, ya te has ido tú también. Esta habitación mía, desde hace tanto me parece tan pequeña cuando todos se han ido. Irremediablemente se me escapan también. ¿Quién llegará para quedarse conmigo? Espejo, cama y ventana ¿Cuánto tiempo más podré engañarte? Cuanto más, hasta que el público no vuelva y el entrevistador se haya muerto.

Fue aquella una nueva entrevista para el canal nueve. Imaginemos pues, que la televisión no había quedado del todo olvidada. Porque quizá así lo fuera, algún que otro ser todavía, osaba de vez en cuando sintonizar un viejo canal e intentar mantenerse atento a la transmisión por más de dos minutos consecutivos. Falla de las grandes, la retención de la atención es ya poco más que un vago comentario transmitido por algún vejestorio. En fin, recuerdo al público allá, todos acomodados en sus asientos de plástico, viendo al entrevistador y a mí, iluminados por esos ya discontinuados focos que expelen calor a raudales. Yo cual poeta vestía en aquel entonces todo de negro, desde agujetas hasta camisa y saco. En mi vida había escrito yo un solo poema, pero igual vestía de negro y dejaba que mi cabello tomase el rumbo que quisiera, buscaba yo parecer un loco en trajes y en cueros. Mi mirada un poco bifurcada ayudaba a darme una extraña expresión de buscador entre las sombras. El entrevistador era aún entonces más joven que yo, pero estuve seguro desde que me le senté enfrente que él había leído mucho más, analizado cuanto texto se le ponía enfrente con ardua devoción crítica. Él tenía hambre de crecer en su trabajo de entrevistador, yo no. Yo había escrito en aquel entonces y luego, había publicado y había visto gustar a la gente. Probablemente a esos mismos que aquel día eran el público pero, siempre he estado lejos yo de anhelar ser más de lo que puedo ver a mi siguiente paso. Mi madre y mi padre siempre lo vislumbraron en mí, no dejaban de llamarme el... bueno el flojo, el deslumbrado. Aun con todo, me las arreglé para ser entrevistado. Y cuando estuve ahí por primera vez fue extrañísima la sensación porque, yo me sentía más que un escritor, un actor. Pues las cámaras como que me sonreían y tuve la percepción de que el público me lo estaba creyendo todo, incluso logré engañar al joven entrevistador y le dije cuanta farsa se me ocurrió, gracioso el asunto. Pero me sentí pleno en ese papel, el de escritor. Porque era fácil decir cuánto yo creía y se tomaba a mis palabras como a las de un genio, como a las de un verdadero artista. Pero que va, el arte estaba en mi actuación.



Imagínate que me inventé yo una relación con una dama argentina que había venido a México para estudiar. Por supuesto nunca existió. Un melodrama de los buenos, y hasta un triángulo amoroso con una colega escritora. Logré que el público se riese y que se sorprendiera sobremanera cuando conté hasta mis fetiches. No me juzgaron, más me clasificaron de un ser extravagante, que quizá eso si lo sea después de todo. Y cuando me preguntó el entrevistador qué me había motivado a escribir, yo le contesté con la mejor de mis actuaciones; que no había otra manera de ser para mí, porque yo no era bueno en nada que no fuese escribir. Y lloré entonces, explicando que la literatura se me escapaba cuanto más yo la buscaba, y que la perseguiría hasta el fin de mis días. Que ahondaría en la noche entre mi insomnio y la migraña. Que buscaría en cada persona que se me cruzase, que buscaría en el silencio del panorama allá en lo lejos donde se pierde el mar. Que buscaría en cada mirada y cada palma fría en diciembre. Que me volvería corvo en mi silla y ciego en mi luz. Que correría tras ella hasta el día en que fuese justo y necesario, llamarme escritor.

—¿Y qué pasó entonces?

—¿No la haz visto? Todos se levantaron de sus sillas y aplaudieron al magnifico actor que fui. Algunos incluso lloraron conmigo, fui tan feliz. Y cuando salí de la entrevista, te contaré. Había una chica de lo más hermosa, una de esas con ojos de gato y manos pequeñas. Juro que ese día, cuando la vi alcancé la literatura porque todo en ella era poético y por ende fuertemente oculto. Me temblaban las manos cuando le entregué mi librito autografiado, y me miró y me dio las gracias con su sonrisa tierna de niña. Han pasado ya tantísimos años, y no he olvidado un solo centímetro de su figura. Pero he aquí lo verdaderamente difícil, pues. Yo encontré en ella o más bien vi en ella, todas las palabras necesarias. Pero no supe darles forma porque una a una, se me fueron apelotonando. Pobrecitas, ino! Pobre de mí. Pobre de mí que no soy ni un ápice del escritor que me gustaría llegar a ser. Y mi chica literatura que me sonrío y luego me da la espalda, dejándome como lo que soy.

—Entonces se refiere usted, a que sí es un actor.

—En efecto. Pero uno que sueña con ser escritor.

—Y partiendo de sus premisas, ¿Qué más es usted? Ya nos ha contado que aparte de un escritor en pugna es también un actor del melodrama. ¿Pero quién es usted cuando nadie le ve, quién es en su día a día?

—Bueno no es una pregunta complicada, cuando nadie me está viendo o escuchando, no soy nadie. Entonces es cuando escribo.

—¿Y quién es usted cuando escribe? Es decir, más allá de ser un escritor.

—Pues un loco... ¡Ah! Mira cómo se ríe el público. Es que yo soy un Showman, velo con tus propios ojos y júzgalo si no. Y escúchame bien, porque esta es la primera vez que lo digo para una entrevista y es que, también acabo de descubrirlo.

—Somos todo oídos.

—Yo soy también un co-me-di-an-te. Vamos, tengo que reír ahora que estoy aquí, déjame reír aquí, porque en casa solo sé llorar a mis flores.

—¿Y qué le ha pasado a sus flores?

—Mis flores murieron. Fue trágico, hace ya unos años pero cuando las recuerdo, no puedo evitar sentirme como el peor de los villanos. Y es que a menudo mientras intento leer o pintar, porque también soy pintor, me encuentro a mí mismo preguntándome si no he sido yo el malo de todas las historias, porque maldito de mí que todo busco y que encuentro y que luego me es nada. Esa bella joven que sonrió, y que dejé ir. Mi madre que se fue y yo lo permití. Esa vez que fui escritor y no se repitió más. Mi gato que murió cuando yo dormía. Lo he dejado ir todo, porque nada me hace feliz. Y he sido yo una completa búsqueda de la nada misma, por eso no tengo más que cuanto cargo ahora, y unos pocos libros y unas pocas telas en mi casa. Incluso los nada me dejan. Por eso estoy seguro cuando te digo que nada me hace feliz más cuando...

—Cuando se le entrevista.

—Sí, así es. Pero mira ahora, el público ya se ha ido. De nuevo, como siempre. Creo que solo queda uno allá a lo lejos. Espero que la cámara me grave por lo menos hasta que tú te vayas.

—La cámara es suya, y para usted. Hasta que usted se canse.

—Gracias, gracias. Me preguntó si tú tienes algún parentesco con aquel otro entrevistador, me le recuerdas mucho. Aunque en aquel entonces, el también vestía de negro, desde agujetas hasta camisa, y saco. Aquella vez logré engañarle era joven como yo, pero tú. Bueno tú eres viejo igual que yo. Tantos años, ya no sé qué entrevista es esta pero, al público lo que pida ¿no? Creo que ya no puedo engañarlos más. Ah, ya te has ido tú también. Esta habitación mía, desde hace tanto me parece tan pequeña cuando todos se han ido. Irremediablemente se me escapan también. ¿Quién llegará para quedarse conmigo? Espejo, cama y ventana ¿Cuánto tiempo más podré engañarte? Cuanto más, hasta que el público no vuelva y el entrevistador se haya muerto.

## 2. EL PRIMER MENSAJE

Me levanté como cada día a las ocho de la mañana. Me hice un desayuno rápido de esos que saben a prisas (aunque yo no la tenía) y salí a caminar bajo el tenue calor del sol de aquel entonces. Era enero no recuerdo bien la fecha. Esa mañana al andar, me llegó un mensaje de ella, de mi dulce amiga. Quizá, la única amiga que había tenido nunca y que yo amaba íntimamente desde que despertaba hasta que iba a la cama. Ella y yo, nos habíamos conocido en momentos difíciles de nuestra adolescencia, cuando todos o casi todos los momentos, nos resultan difíciles propios de nuestra edad. Aquella era linda además, es decir, físicamente era hermosa y solo los hombres entendemos cuanto valor le damos a aquello cuando somos jóvenes. Al momento, su mensaje: Te entiendo. ¿Me entiendes? Me pregunté al filo de un ceño fruncido y una exclamación en voz alta. Volví a leer su mensaje y no había más. Solo ese entendimiento suyo, tan amplio como solía expresarlo sobre mí mismo y, tan absoluto como si entender fuese característica innata de todos los seres humanos. Que alejada de la realidad esa línea de pensamiento. Que alejada de mí estaba mi

compañera. Entonces me hice al pensamiento y deseé vivir en aquellos tiempos de mis abuelos en los que se mandaban cartas. Las cartas hubieran sido mi salvación, pues en aquel entonces podías recibir una carta puño y letra y disponerte a leerla con calma mientras la acariciabas y, una vez leída, podías doblarla, guardarla en el sobre y metértela en el bolsillo del saco para no contestarla nunca. Y cuando pasara el tiempo y sintieras la necesidad, podrías acudir a ella a pesar de tú haber desaparecido para siempre, y leer una vez más para rectificarte que habías hecho lo correcto. Habías logrado ese desapego físico y epistolar para el resto de tus días, aunque en tu mente y solo para ti mismo en la apacible estancia de tu aburrimiento; decidieras recordar. Pero como todo hombre estaba y estoy atado a las herramientas y los métodos de mi época, es decir; no puedo desaparecer. No podía entonces cambiarme de casa para que las cartas ya no llegasen, ni podía alejarme demasiado de quien no quería ver, pues las imágenes son más que uno mismo y están en todos lados, desde el desayuno hasta en tu trabajo y en los cumpleaños. Y es que una imagen tiene vida, y yo no soy ningún asesino.

Regresé a mi apartamento y me senté cerca de la ventana, un gato afuera parecía estar buscando por entre la basura algo qué comer. Aquel animalito no estaba desprovisto del lenguaje, a su manera comunicaba lo que quería que era a su vez justo lo necesario, pero estaba salvo de las palabras que son toda una contradicción. ¿Prisión o libertad? Para mí la primera más que la segunda, pues las palabras aunque inconexas muchas veces, no dejaban de rodar por mi sien turbándome y encareciéndome ante las noches funestas y malditas. Así que llegó de nuevo aunque ella no había escrito más. Te entiendo. Y recordé aquel sábado cuando el museo tenía descuento y aún más porque éramos estudiantes, en que veíamos las mismas obras y los mismos dibujos. Yo había llorado con amplía ternura un par de veces, ella me miraba y me sonreía. Sabía que ella amaba eso de mí pero, cuán lejos. Ese mismo día al anochecer, en un café de la ciudad un grupo de amigos aparte se reían de sus bromas, mi amiga y yo estábamos en la mesita de atrás tomando yo un expreso y ella un capuchino. La otra bolita cantaba al compás de la música y daban golpes al suelo con sus pies. No era música especialmente alegre pero ellos sí lo eran y cuando uno de ellos hizo una broma más, con su fuerte voz que llenaba todo el pequeño lugar, yo no pude contener ya mi risa y aunque apartado, yo estaba riendo con ellos. El café aunque amargo, no me había sabido más dulce en mucho tiempo. Me sentí extrañamente acompañado, con una cierta certeza de que yo podía pertenecer a un grupo como ese y reír como aquellos reían y comer y beber como ellos, ser un amigo algún día, de alguien más. Mientras tanto ella, me había vuelto a mirar y hasta había fingido una risa con esa boca bonita suya. Tan exteriormente afable, solía esmerarse en hacerme sentir como yo quería. Solía decirse todavía, que me entendía. Había sido mi historia con ella, una película llena de momentos como aquel. Ella cuan dulce, tan cariñosa y hasta protectora como una madre pero, lejos. Lejos de entender lo que verdaderamente pasaba conmigo. ¿Y qué entendía yo sobre ella? Bueno, quizá no mucho igualmente quizá nada. Entendía por lo

menos que éramos muy diferentes, que a pesar de nuestro basto cariño nuestra forma de observar, de sentir las cosas y de ahondar dentro nosotros mismos era completamente diferente. A pesar de todo, mi amiga y yo habíamos funcionado como un complemento de nuestras carencias. Habíamos hasta ese entonces ido a pequeños lugares acogedores a comer. Los fines de semana, solíamos ir al cine o a caminar por la ciudad y su bastedad de personalidades. Nos cuidábamos todo el tiempo, o más bien ella me cuidaba a mí de no volverme loco. Entonces había comenzado de pronto y como queriendo matarme a decirme cosas como esa. Te entiendo. Estúpida, y mil veces estúpida. ¿Cuándo había fingido yo entenderla? Ella, cual villana de pronto se había puesto del lado de la muchedumbre. De los demás. Había dejado de acompañarme, y aunque siempre había fingido querer por sobre entender, nunca me había lastimado tanto. Pues yo, en mi habitual sinceridad nunca le mentí verdaderamente, no pretendí sentir lo que ella había sentido, nunca me jacté de haber entendido cuando solo tenía mi propia perspectiva y apenas un dejo de la suya. Maldita, porque después de aquel mensaje que yo no contesté, por supuesto, nos vimos y me sonrió como siempre. Y volvimos a salir, y seguimos caminando por la ciudad y escuchando música juntos más cuando lloré de amor por aquel libro que leí, ella me vio y sonrió otra vez más como queriendo reírse de mí y: lo sé, lo sé. Me dijo. Me acarició la espalda y me besó la mejilla, pero ella no había leído el libro.

Así pasaron los años en los que ambos fuimos estudiantes y demás cosas. Ella nunca perdió la costumbre de entenderlo absolutamente todo. Y a través de todo ese tiempo, poco a poco fui descubriendo cuan solo en el mundo estaba pues incluso mi única amistad se había esforzado en aprisionarme en el engaño de las palabras. Así fue como estuve por completo rodeado de entendedores. Todos salvo yo, sabían cuánto valía mi propio ser y lo que era capaz de llevar a cabo.

Hubo un tiempo en el que creí que nuestra amistad había terminado. Ella se había encontrado con un chico de esos que son muy listos, de los que se saben el nombre todas las cosas y saben manejarlas también. No voy a mentir, cuando lo vi en una imagen supe que era un tipo hasta atractivo. Se hicieron novios al poco tiempo, como al mes de haberse conocido. Fue entonces cuando dejó de sonreírme y de escribirme sus mensajes asesinos. Pasado un tiempo, constantemente veía imágenes de ambos paseando por otras ciudades, degustando comida globalizada y yendo al cine a funciones de documentales. Una parte de mi quiso sentir celos en aquel entonces, pero con la soledad viene otra nueva forma de pensar. Así que una mañana mientras salía camino al trabajo, era igual una mañana de enero pero en extremo fría, el viento me soplaba en la cabeza, como a gritos, me decía que todo iba a estar bien. Así que por primera vez en mucho tiempo levanté la mirada del piso y comencé a ver a las personas que caminaban a mí alrededor y me vi intrigado por todos aquellos rostros, yo también tenía a veces ansias de entender para aprisionar a las personas pero, nunca pude. Siempre, una tras otra, se me iban de las manos los amigos y la familia. Al siguiente año de que ambos



se conocieron, mi amiga se casó, tenía veinticuatro años por entonces, por supuesto me invitó y yo asistí. Desde el altar me sonrió y eso fue todo. Otro año más y la pareja se embarazó, fue cuando comenzó a escribirme de nuevo. No hacía falta, yo estaba al tanto de todo lo que pasaba con ella. Sus mensajes eran siempre rápidos, como mi desayuno. Un hola, ¿Cómo has estado? Ja, ja, que bien. Adiós. También algunas veces me marcaba y platicábamos mucho, quizá por lapso de una hora o un poco más acerca de su hijo y luego de su esposo que era uno de esos bien responsables pero que trabajaba demasiado. Yo desde mi sillón solo pensaba en cuantas formas aquel ya le había visto la cara. Pobrecilla, es que ella se hizo muy ingenua cuando se hizo madre. Y bueno yo le contaba sobre mi pareja, que era divertida y salíamos mucho y esas cosas. Habíamos comenzado ambos a ser verdaderos adultos, y de ahí hasta nuestra muerte.

—Y ¿piensas tener hijos? —me preguntó el otro día.

—No estoy muy seguro —le contesté, mientras ojeaba distraídamente un libro.

—Bueno, te entiendo. Después de todo es un trabajo muy duro el de ser padre. Hay que pensar en tantas cosas y sopesar tantas posibilidades. Pero sabes, al final vale la pena, cuando miras a tu pequeño y lo vez existir. Un cliché ya lo sé pero, no hace falta nada más, solo que yo esté ahí para él, y él para mí.

—Que bueno que lo entiendes — Le dije yo.

—Bueno, me tengo que ir. Chao.

—Adiós.

Después de aquello no hemos vuelto a hablar y, después de tanto tiempo creo que ambos estamos listos para dejar de hacerlo. Bueno, ella lo estuvo mucho antes.

### 3. PACTO CON LA MUERTE

La mujer tenía todo un altar dedicado a la santa muerte, calaveras y flores de plástico. "La recepción" era poco más que espeluznante, con las paredes de un azul cielo carcomido lleno de manchas de humedad y telarañas en los rincones. Pero ella, ella aunque mayor ciertamente era una mujer muy guapa, al menos así lo pensé en un principio cuando vi la flor detrás de su oreja, que sí era una de verdad y estaba aparentemente recién cortada.

Habré estado ahí sentado en su viejo sillón esperando a que volviera por apenas unos cuantos minutos, el olor a incienso comenzaba a lastimarme la nariz. Y más de una vez sentí por mi pierna el lento pero firme andar de alguna araña. Ya dispuesto a levantarme y salir corriendo de aquel tenebroso lugar, la mujer regresó de pronto, abriendo lentamente las finas holandas que no había visto antes y se me presentó de nuevo, cambiada de ropa de pronto y hasta rejuvenecida con una sonrisa. *¿Te gusta?* Me preguntó mientras se contoneaba ligeramente. *Te confieso, que suelo ser muy coqueta. Y me gusta saber qué piensan de cómo me veo.* A lo que no pude contestar de pronto, no solo por su

mirada que sentía firme sobre mi rostro, sino porque de pronto se me había secado la boca. Como si la habitación hubiese comenzado a secarme de pronto. *Te veo ya muy pálido ¿quieres un vaso de agua?* Le dije que sí, que tenía mucha sed. Al momento se levantó ligeramente el rojo vestido y aprecié con más detalle, como si la iluminación del cuarto hubiese cambiado, que sus muslos eran blanquísimos e impolutos. No había hasta donde había logrado ver, un solo lunar en aquellas piernas regordetas. Caminó así, remangándose el vestido hasta donde la mesita, donde había otra Santa Muerte pero esta vez roja y blanca. Y ahí la jarra con agua y un vaso muy limpio. Comprendí que quizá en ese momento, comenzaba una vieja rutina para jóvenes nerviosos. *Aquí tienes.* Me bebí la mitad del agua de un solo golpe y me dolió desde la garganta hasta el estómago pero ella aunque creo lo notó, no me dijo nada. Me tomó de la mano y me dirigió ahora sí, hasta la habitación rosa, donde por cierto no solo estaba todo bellamente acomodado, como un bonito set de filmación de película gringa, sino que además olía estupendamente y el aire se sentía mucho más fresco. Me sentó en la cama que era grandísima con un ligero tirón. Y ahí dejó que resbalasen de sus pies unas lindas zapatillas de gamuza. Gamuza, que cosa más rara pensé, pero eran como la mujer, muy coquetas. *No te quedes viendo mucho mis pies, me han dicho que tengo unos pies muy bonitos y no quiero que te enamores.* Y sus pies eran aún más pequeñitos que las zapatillas que los calzaban. Recordé de pronto a la maja desnuda de Goya y creí ver los mimos pies, parecían irreales, tersos como ninguna piel podría serlo. Entonces levanté la mirada y percibí el aroma de su cabello, y vi sus regordetes labios y sus ojos irreales. De verdad que te podías enamorar fácilmente de esa mujer sacada de cuento pornográfico. Me sonrió y comenzó a acariciar mi cabello, que era casi tan largo como el de ella. *No había visto cabello tan bonito en ningún hombre antes. Eres tooodo un muñeco.* Me reí un poco, y pronto sentí envidia de sus ojos y de sus orejas que eran de la mitad del tamaño de las mías. Entonces mientras miraba con ojos de pronto cansados, se abalanzó sobre mí y comenzó a plagarme de lentos besos muy tibios. Sentí una intensa vibración al llenarme de ese aroma suyo, un aroma exquisito pero de cierto peso y, de inmediato sentí que me desvanecía de vergüenza, súbitamente me despegué de sus labios y de su aroma y de sus brazos. Fue entonces creo, cuando comenzó a darse cuenta, estiró su cuello (hermoso) y abrió grandes sus ojos pero, enseguida se relajó y me acarició la mejilla como en círculos, me sentí casi como un cachorrito. *Tranquilo, todos se ponen nerviosos la primera vez.* Yo bajé la mirada y por fin pude respirar de nuevo con normalidad, me sentía un estúpido como jamás creí llegar a sentirme, así que me levanté de pronto queriendo huir de nuevo de aquel sitio rosa pero, allá estaba la muerte roja y tuve miedo de pasar de nuevo por aquel cuartucho azul, el cuarto humedecido. Me volví a verla y ella vio en mi rostro el miedo, fui fácilmente descubierto por primera vez y estuve a punto de llorar. *No te preocupes, tampoco es la primera vez que me pasa, los hombres traen todo el tiempo aquí a sus hijos. Tengo fama de curandera pero yo no sé de qué cosa hablan. Me cambiaré una vez más y te serviré algo, un té,*

*que mira que eso sí cura de los nervios. Así me quedé yo, sentado todavía mirándola y trabajando de nuevo la respiración que poco a poco iba recobrando junto con mis fuerzas. Sin ningún tipo de vergüenza comenzó de nuevo esa terea suya que parecía complacerle a grado de provocarle una sonrisa. Al desnudarse enfrente de mí, se sacó el vestido y sus pechos quedaron libres resistentes a pesar de su edad, a los efectos de la gravedad. Luego se sacó la ropa interior que le quedaba, de seda por supuesto y vi atentamente a las profundidades creadas por las sombras que de pronto se habían cernido en la habitación. Sombras apaciguadoras, para nada sombras atemorizantes. Sombras perfumadas. Eres bellísima le dije, no pudiendo guardar más mis pensamientos. Volvió la mirada por sobre su hombro y me sonrió ruborizada mientras caminaba hacia el closet que hasta entonces no había visto. Al abrirlo, me maravillé por la cantidad de colores y texturas que había ahí dentro. De nuevo pensé en películas de gran producción. Tú debiste ser actriz, hubieses sido muy exitosa, le dije. Bueno, todavía estoy a tiempo ya que tú lo dices. Pero, no. En realidad soy muy cayada cuando no estoy en esta habitación. Hablar fuera de aquí me da mucho sueño, en especial con los hombres, que dicen siempre las mismas cosas. No me sentí ofendido, me acomodé de nuevo ya mucho más tranquilo, ella solo se puso una bata encima, muy turquesa para mi gusto, debajo seguía desnuda y caminaba descalza sobre el suelo alfombrado. Salió por una segunda puerta y me advirtió que no me fuera sin avisar, al poco rato volvió con dos tacitas muy lindas, yo sin saber de esas cosas, las juzgué como muy valiosas y delicadas. Ten, y sígueme. Salimos por una tercera puerta, y caí en cuenta de que había una puerta para cada pared. Del otro lado, el lugar era un poco frío pero no dejaba de ser acogedor como el cuarto rosa, igual olía muy bien, como a finos aceites y había al redor plantas muy bonitas y grandes. Ese era un cuarto blanco y verde. Verde por tantas plantas, como menta por ejemplo. Sabes, tú tienes muy buena facha. Un bonito peinado un delineado para agrandarte los ojos... ¿alguna vez has usado labial? No. Respondí a secas y sorbí un poco de té, ya estábamos instalados en una mesita blanca que reparé enseguida que era también para jugar ajedrez, aunque no vi ninguna pieza por ningún lado. Igual tienes manos muy bonitas, aunque dejemos tus manos para el final. ¿Cuál es tu color favorito? No tengo un color favorito, pero definitivamente no el azul. Ya veo. Se levantó y abrió un enorme baúl de bisagras plateadas. ¿Te gustan las lentejuelas? No pude evitar sonreír, me vistió con chaquetas metálicas, camisetas y tops, me dejaba desnudo y después me ponía alguna blusa holgada, nos reímos muchísimo cuando me vi al espejo y portaba unos gloriosos pantalones acampanados. Los anillos sobaban y las sombras en mis ojos me hacían ver como la más fina de las gatas de caricatura. Los labios y mis uñas fueron lo último que me ayudo a pintarme y por supuesto me deshice de los pantalones musicales. Finalmente me calzó con todo tipo de botas y botines muy exuberantes, y me peinó por lo menos de cuatro formas distintas. El té, diurético, nos mandaba constantemente al baño así que dejamos de tomar té y comenzamos con los cigarrillos. La música, quien sabe quién la había*

puesto de pronto y aunque las ventanas de la habitación estaban abiertas, había comenzado a hacer un agradable calor en la habitación e incluso el olor había cambiado de nuevo. De pronto me sentí enamorado de aquella mujer, quería de alguna forma demostrarle cuanto de pronto la quería, el calor o yo que sé, quizás el té me hicieron actuar impulsivamente. Me acerqué a ella y metí mis manos por dentro de su bata, en donde sentí su carne muy fresca, más no fría, y la besé en los labios como si fuera la fruta más dulce y jugosa. En seguida nos miramos a los ojos y comenzamos a reír de nuevo. Aquello no funcionaba de esa manera, yo no funcionaba así. Pero creo que ella entendió el mensaje y me arrojó a la cama buscando un recipiente de verdades. Estuvimos ahí echados, hablando y hablando, cobijándonos y levantándonos por algo que beber. Yo estaba muy excitado igual que ella, pero el deseo aunque sexual, no era hacia nosotros. Jamás tuve deseo alguno por una mujer. Y en eso se podía resumir todo.

*Eres bellísimo.*

Tú eres bellísima.

Y así fue como de pronto, todo vuelve a dar un vuelco. Porque mientras ambos reíamos tumbados en la cama, vi a la muerte roja mirándonos a ambos. Poco a poco esta fue acercándose a nosotros a través del portal, hasta que el hueso se hizo carne viva y las cuencas negras se volvieron ojos. Ya frente a nosotros al pie de la cama, acarició las cobijas negras y se sentó a observarnos con sus también hermosos ojos, le preguntó a ella qué era lo que sucedía. Aquel no era la muerte, aunque vestido de rojo era solo otro muchacho. Perfecto, otro como yo, pensé hecho una furia. Quizá porque creí, que había llegado para robarme mi momento.

*Es un amigo.*

Soy un amigo, contesté yo haciendo eco de las palabras de ella, nervioso en rictus sobre la cama. Él se sentó junto a nosotros, sin mirarme le preguntó si acostumbraba acostarse con sus amigos. *No es lo que piensas en realidad.* De nuevo aquel me miraba fijamente, hasta que pareció darse cuenta también. Él sonrió y yo bajé la mirada hacia sus delicadas manos; una serpiente tatuada, anillos de plata y uñas largas tornasol. Él se puso de pie y se fue caminando hacia la segunda puerta de la tercera habitación. Voy a tomar un poco de luz lunar, hoy es luna llena chicos, deberían acompañarme. Y salió dando un salto como para evitar pisar algo desagradable. ¿Quién es él? Le pregunté a mi amiga. *Es mi hijo, no de sangre pero es mi hijo. Lo conocí hace un par años cuando mucho, como tú vino a dar conmigo por lo que era. No de la misma forma, a él su padre lo echó. A mi forma de ver, todos los hombres lo son pero, allá ellos y sus engaños. ¿De verdad lo crees? A pues claro, si no hubiera visto yo a mi propio padre que era todo un hombre, echado en la cama de mi mamá con un jovencito que le ayudaba aquí y allá en las talachas del campo. Quizá jamás lo hubiera creído, pero el tiempo me ha hecho reírme de esos viejos ridículos, e incluso muchas veces me he preguntado si de verdad hacemos falta. ¿Las mujeres? Pregunté yo, algo sorprendido de lo que acaba de escuchar. Se volvió a mí con sus ojos ebrios y su sensual sonrisa. Las mujeres, y los hombres a las mujeres. Nada hace falta*



*realmente, salvo un amigo de vez en cuando, para lo demás vasta con una misma.* Sorbí un poco de la tacita y ella comenzó a acariciarse las piernas, como dándose un muy tierno afecto que extrañaba. ¿Y el amor? Le pregunté ahora yo mirándola fijamente al rostro, buscando que me devolviera su mirada que de pronto se había vuelto más sublime; más triste. *El amor ha sido el mejor invento de todos, pero es tan fluctuante. Amorfo y pétreo cuando quiere. Creo que cada quién lo define de forma diferente y yo debo estar errada como la gran mayoría pero, para mí el amor existe tanto como Dios.* Consideré demasiado estúpida la pregunta sobre si creía ella en Dios, y de pronto también sentí que ya no hablábamos de nada que realmente nos atañera. ¿Quieres salir? Ella, que había dejado de nuevo su cuerpo al descubierto para que yo lo admirase, me dijo que sí y me tomó de la mano, me soltó unos segundos para ponerse y amarrarse bien la bata y ambos salimos por donde su hijo de rojo. Afuera en un gran claro nocturno y frío, rodeado de cipreses azules y hierbabuena; estaba el otro mirando hacia arriba mientras se fumaba un cigarrillo. Nos sentamos junto él, como suspirando nos acomodamos sobre una roca, calentándonos entre nosotros. Y nos vimos a los tres reflejados allá en las estrellas. Si alguien más hubiese estado ahí para tomarnos una fotografía, estoy seguro que hubiésemos salido hermosos los tres, con la tenebrosa casa a nuestras espaldas y la fría yerba calándonos los pies descalzos.

#### 4.CAMINATA PARA VERTE

Alguna vez frente a mi ventana cual perdido me encontré en ese basto lugar subyacente en dónde todos alguna vez están, o estarán. Mi enardecido pecho, asediado de pronto y tan rápidamente en evanescencia. Me sentí adolecer como cuando todavía era un niño o quizás, mucho más fuerte, mucho más hondo. Pues me sabía ya un adulto ¿y cuantas veces vi llorar a alguno de aquellos hombres? No los vi, pero los recuerdo y ahora me los imagino en mi lugar, si es que alguna vez se sintieron solos, si alguna vez lloraron desconsoladamente ahondando en el recuerdo de ese martirio al que llamamos amor. Y entonces me pregunto qué fue de mi padre y por qué no me explicó las reglas básicas de las relaciones. Me siento casi al borde de la silla con esa tacita vieja que era de mi abuela llena de café, y es que acaso mi abuela sufrió por esa egocéntrica actitud de nosotros los hombres. Cuándo es que me equivoqué en este adusto camino del yo. Y es porque ahora sé lo que he sido, y es porque ahora la extraño en este cuarto, frente a mí que la imagino y después la veo allá a la distancia, en esa absoluta independencia de mí y de lo que fui. ¿De verdad somos algo para alguien alguna vez? Demasiado valor me infundo cual ser humano que soy, y deja ya el hecho de que sea o no un hombre, lo que he creído llegar a ser ahora me atormenta pues no solo nada fui sino que quizá, bueno... madre, ¿Por qué no me explicaste la lógica femenina? O es que acaso todas dicen ser diferentes igual que los imbéciles de los hombres. ¿Es que no somos

entonces todos unos mentirosos? Seres viles en busca de almas desprevenidas, con nuestra jaula en una mano y nuestro arpón en la otra, desmereciéndolo todo, amedrentado conciencias y corazones como si ese fuese nuestro único cometido. ¡Qué va! Si lo que buscamos es solo la proliferación pero, maldita de la conciencia o vendita, o malditas las narrativas, está por ejemplo, en la que busco aprisionarte de una nueva forma, en la que he de guardarte como ningún otro infeliz podría porque sí, yo también soy un ser vil y he de tener para mí por lo menos esto de ti, que me acompañe con la absoluta certeza a donde yo vaya, de que algo de ti me he llevado. Algún día tengo la esperanza de estar tranquilo sin tu imagen atormentándome, pero he de contarme a mí mismo y aceptar qué te he visto, que te he visto infierno mío siendo feliz, y no conmigo. ¿Cuerpo, alma, conciencia? Ojalá supiera en donde reside esa felicidad tuya, casi con completa seguridad creo que reside en el otro. Te vi, y no espero quizá que alguna vez leas algo como esto, pero te vi en aquel lugar riéndote como yo me lo sé de memoria. Salí corriendo de aquel lugar como cuando mi madre me buscaba para darme una buena nalgada. Sentí tanto miedo de haberte encontrado sin mí, que intenté huir con toda la fuerza de mis piernas flacas casi mientras lloraba. Llegué entonces hasta el jardincito ese escondido en la ciudad, donde casi no había nadie, salvo los autos a los costados casi besándose por culpa del tráfico. El ruido de los motores ronroneando me hicieron volverme hacia mí mismo. Así que me senté ahí y me limpie la nariz creo que con la manga de mi chamarra. Hacía mucho frio esa tarde, era uno de esos días pero dudo mucho de que tú te hubieses dado cuenta de aquello. Una señora pasó con su carretilla de dulces, yo le compré diez pesos de bombones y un cigarrillo, lo encendí ahí mismo y recordé lo último que me dijiste. Nos vemos luego. Y lo dijiste como decías las cosas cuando te había hecho enojar. Ceño fruncido y todo. La señora de la carretilla dio vuelta en la esquina y yo me quedé solo en el jardincito. Había llegado el atardecer todo gris medio amarillento por algunos lados, violáceo también. Recuerdo ese vago instinto que tenemos todos los hombres precedente de nuestros antepasados, esa voz que te pide correr y matar a alguien con tus propias furiosas y frías manos. Hasta ese día, yo juraba haberte aprisionado, juraba haberte hecho mía en todas las variantes importantes, con qué facilidad podemos demostrar a los demás que no es así. Pero ¿por qué de esa manera? Terminé mi cigarrillo y miré a ambos lados, esperando que no hubiera alguien mirándome mientras pensaba de esa manera, seguro que tenía la cara de un loco o quizá la cara de una persona en shock. Por suerte no había nadie mirando, así que dejé de abrasarme a mí mismo y me levanté deprisa para volver a donde tú estabas. Creo que ahí fue donde olvidé mis bomboncitos y mis últimos pesos. Mientras andaba, recuerdo que caminaba como si mi cabeza me pesara mucho, casi sumida en mi pecho pero con mi vista fija al frente por si acaso salías de pronto de por alguna esquina o detrás de un auto. Comenzaba a querer llover, así que las demás personas pasaban igual de fugases a mis costados, uno o dos me empujaron y yo empujé a otros tantos, de pronto me sentía fuerte a motivo quizá de mi desesperación

porque me vieras. ¿Qué diría cualquier persona de mí si leyera estos pensamientos míos? Bueno yo te respondo: ¿Tú nunca te has vuelto loco? Entonces llegué al lugar ese en donde tú estabas solo para atormentarme todavía más, no porque tú lo abrazaras y te rieras frente a él, ni porque le besaras y le limpiaras la suciedad con tu servilleta, con cariño incluido. Sino porque él te hacía lo mismo y tú se lo permitías, más que eso tú querías que él lo hiciera. Entonces tuve la certeza de querer matarte, o de matarme a mí o de matarle a él quizá aunque la culpa no fuera suya. Quería desmesuradamente, estrujar el cuello de alguien hasta que le saltasen los ojos sangrantes. ¿Pero entonces qué dirías tú de mí? Y tendrías razón; que he sido débil. Mujer, a veces me pregunto si no me has hecho esto a causa de que sí, siempre he sido débil con motivo de crearme superior a mí mismo. No he sido mejor con el tiempo, sino que por el contrario el tiempo más no la vida me ha ido enfermado, el tiempo que paso a solas conmigo mismo y con mis pensamientos y que peor ahora esta porque yo te vi ahí y regresé para cerciorarme. Un hombre se detuvo a mi lado, un amigo del momento y me vio mirar hacia dentro del local donde tú estabas. Hace buen tiempo para un café, me dijo. Yo le respondí que sí y ambos entramos al lugar ese. Me dijo que yo le parecía conocido, que por eso había decidido abordarme. Yo no recuerdo haberle dado mucha importancia, fue como cuando estás ebrio y comienzas a hacer amigos en una fiesta. Él platicó un buen rato conmigo de su trabajo, su mujer y esas cosas, a propósito también del dinero y de cómo iba el mundo girando medio chueco y muy rápido, decía que nos estrellaríamos pronto y que sería una auto-masacre espantosa. Recuerdo aquello porque me hizo por un momento bifurcarme de ti, que estabas sentada frente a nosotros, a unas cuantas mesitas de distancia. ¿Qué tanto miras? Me preguntó por fin el muy grosero. Mire a esa de allá y dígame que no está pasando un buen rato, le dije yo. El señor te miró, tú estabas casi de espaldas, solo te veíamos a momentos de perfil. Bueno pues sí, parece que están bien los dos. Y si sabes lo que le conviene a ella, y lo que te conviene a ti, no deberías entrometerte, me dijo. Después de eso la cosa se puso un tanto incomoda y la lluvia arreció. Como siempre, en narraciones como estás la lluvia es siempre un personaje de esos que vienen nada más para irse. Y tú también te fuiste con aquel y con la lluvia.

Y así es como me encuentro esta vez, cual perdido frente a mi ventana, en este basto lugar subyacente, en donde todos alguna vez están.

Mirando hacia afuera.

## 5. LO VI EN UN SEUEÑO

Pertenecí en aquel entonces a la línea de fuego principal de una dulcería muy popular de la ciudad. La dulcería tenía un nombre muy poco favorecedor para tratarse de un lugar en el que se venden dulces y demás chucherías. Quizá por eso mismo siempre se me ha dificultado recordar su

nombre. Comencé a trabajar en aquel lugar justo después de haber concluido mis estudios. Era por ende muy joven, había tenido otros trabajos antes mucho mejor pagados a pesar de ser trabajos de medio tiempo, pero por aquel entonces recuerdo que no buscaba precisamente el dinero, sino una simple ruta de escape. Hasta aquel momento, había vivido como cualquier joven tímido y ensimismado. Es decir, una vida de joven tranquila, pero aburrida. No solía meterme en problemas de ningún tipo, desde niño prefería la soledad de mi habitación, mis roomies eran los personajes de mis películas favoritas y mis juguetes, después fueron los videojuegos y mis libros de la escuela, aunque no era especialmente bueno, de hecho estaba muy alejado de ser un alumno de excelencia pero tampoco era un matón, ni un tonto. Jamás reprobé una sola materia y por supuesto, no asistía a fiestas de ningún tipo. Recién había cumplido mis veinte años y estaba muy aburrido de mí mismo, empezaba a comprender un poco, el porqué de mi soledad. No solo eran mis esfuerzos por alejar a las personas de mis rutinas, era yo. Yo y mi adusta cara de anciano añorado. Y seguí así hasta cuando comencé a vivir solo y a pagar cuentas. Era un señorito muy discreto, y a nadie decía donde vivía ni a donde iba. Ahora me vienen recuerdos de mi madre, viendo con tristeza a ese hijo suyo que había llegado tan lejos, y después nada. Había decidido trabajar en una dulcería por menos de el sueldo mínimo ah y sin seguro ni prestaciones. Uno de esos trabajos para personas sin estudios. Pobrecillo de su hijo. Pero su hijo estaba terriblemente solo en la vida, y no pensaba seguir así por mucho tiempo más, estaba seguro de mi suicidio.

Recuerdo haber pasado por fuera de la gran sucursal, en el escaparate su letrero:

SE SOLICITA PERSONAL DE AMBOS SEXOS PARA TODO TIPO DE  
ACTIVADES  
(TIEMPO COMPLETO).

Pedí informes acerca del empleo, una miseria era la paga y yo trabajaría diez o más horas al día con solo un día de descanso entre semana. Al siguiente día, en punto de las siete de la mañana estaba yo trabajando en aquel lugar todo color y suspiros dulces. Recordé que cuando era niño, pasaba por aquel tipo de lugares que son lujosísimos a ojos de un pequeño, y deseaba con ferviente felicidad de infante algún día trabajar en un lugar como aquel. Que dulces son también los pensamiento cuando se es niño, son como aquella mañana, pequeños suspiros dulces que desaparecen prontamente, sustituidos por otros nuevos pequeños suspiros. Aquel recuerdo me hizo sonreír momentáneamente, la encargada de la tienda me miró con recelo, era una puta gorda amargada. Y no es mi intención insultar a las putas, ni a las personas gordas ni mucho menos a las amargadas que con justa razón lo son, pero aquella mujer era una desgraciada con todas las letras, descubriría pronto que todos allí le odiaban de una forma u otra. El trabajo, como anunciaba el letrero, consistía en llevar a cabo todo tipo de actividades. Desde surtir las estanterías de gomitas, bajar mercancía del almacén, atender a los



clientes, trapear el piso y lavar los baños, hasta recibir mercancía, llenar notas de remisiones y cualquier otra actividad que se le ocurriera al dueño o en su caso a la encargada. Era, después de las primeras cuatro o cinco horas un trabajo muy cansado, pero nada del otro mundo. Por aquel entonces cuando creía que un trabajo era demasiado difícil o cansino, recordaba a los mineros y sus largas jornadas en las que estaban terriblemente expuestos a morir a cada segundo, y como después de todo aquel trabajo horrible apenas tenían ganancias para una sopa y una cerveza aguada. Trabajé entonces sin quejarme y sin prestar demasiada atención a mis pensamientos durante la primera semana. Llegaba ya muy noche a la cama y cansado me desplomaba y dormía de corrido. Comenzaba después de mucho tiempo a dormir bien.

Entrada la segunda semana, llegaron dos jóvenes más. Una chica y otro tipo con un semblante muy parecido al mío. Sorpresa me llevé cuando me enteré al siguiente día que aquel se llamaba igual que yo. Aunque ese era un poco más bajito y delgado, le veía como una extraña versión de mí mismo. Empecé a hacer amistad con aquel par, y la encargada nos regañaba todo el tiempo y nos hacía reportes por apenas dirigirnos unas cuantas palabras al día. Pero nosotros tres nos las arreglábamos para salir a la misma hora para comer juntos siempre que podíamos y para tomar dulces y comérmolos sin pagar. Nunca nos descubrieron. Caída la tercera semana llegó una chica más y con ella se llenó la plantilla. No contratarían a nadie más hasta que corrieran a alguno de nosotros o alguno decidiera soltar la toalla. Ese mismo día la encargada me mandó a lavar el baño tres veces durante el mismo día, sabía que de entre todas las actividades esa era la que yo más odiaba. Pero aquella mañana y tarde había estado ocupado intentando hablar con aquella chica nueva. Hablaba ella muy poco y apenas había recabado información importante, no seguía muy bien el hilo de la plática, simplemente reía un poco y buscaba de inmediato algo que hacer. Al principio creí que era porque yo era demasiado aburrido, y bueno ya he contado que en aquel entonces había descubierto yo que sí, que era una persona aburrida. Pero por increíble que parezca, no era el caso, ella simplemente necesitaba del trabajo y quería dar una buena impresión en su primer día. Una buena forma de hacerlo era no meterse en problemas por culpa de alguien como yo. Me di pues por vencido aquel día, y lavé el baño por última vez. Acomodé y me robé algunos dulces, porque los dulces robados son lo más ricos, y después cuando llegó la hora me dispuse a irme a casa con mis otros dos compañeros. Cuando salimos, ella estaba ahí. Supuse que esperaría a alguien más pero no, me esperaba a mí. Mis compañeros entendieron qué era lo que estaba pasando y se despidieron rápidamente, aunque mi compañero me echó una mirada de recelo antes de darse la vuelta. Ya solos, ella se disculpó casi a forma de chiste de su anterior actitud. Yo no le había dado demasiada importancia así que solo sonreí, esperando que aquello le diera a entender que todo andaba bien. Esa misma noche después de charlar un poco la invité a un bar que estaba muy cerca, como a diez minutos a pie. Apenas podía creer que lo había hecho y que ella había aceptado, nunca antes había hecho

algo como eso, pero tenía dinero que recién me habían pagado y ganas de por fin hacer algo estúpido. Aunque aquello fue algo apenas como un asunto de niños, yo no lo sabía entonces pero así me lo parece ahora. Fuimos al bar, ella caminaba a mi lado cuando me tomó del brazo.

—Hace mucho frío —dijo—. Yo me apreté un poco más hacia ella y noté, como si el tacto fuera más certero que la vista, que era una chica más bajita de lo que creía. Aún tenía en sus ojos que eran pequeñitos también, una expresión un tanto infantil. Lo mismo me decía su naricilla y su sonrisa. Sus mejillas rosadas y el hecho de que se riera casi de cualquier cosa que dijese. Caminábamos por la acera, y nos reíamos de asuntos terribles del trabajo, en especial de la encargada que ya odiábamos ambos. El viento arreciaba y cada vez estábamos más apretujados el uno al otro, la miré desde mi posición y de pronto pensé en cuan fácil sería lastimar a una persona como ella. Y entonces vi la cicatriz en un lado de su nariz; parecía ser ya una cicatriz vieja, pero yacía en ella el recuerdo de un trauma. Lo supe. Afuera ya había comenzado a llover, pero estábamos dentro ya del bar fumando un cigarrillo esperando nuestras bebidas. No recuerdo que ordenó ella pero seguro fue una de esas bebidas que les gustan a las adolescentes: muy dulces. Yo corriente como era, había pedido una cerveza en tarro, sin escarchado ni nada.

—Ah una cerveza —dijo ella como queriendo hacer de aquello también un chiste.

—Sí, una cerveza. Creo que empiezo a convertirme en un señor. Pronto tendré una barriga de cerveza. Ella comenzó a reír.

—Si de hecho ya comienzo a ver algunas arrugas en tu frente.

—A veces también me duele la espalda y cuando intento hacer algo muy noche me gana el sueño.

Ambos nos reímos.

—Y se te caerá el cabello, tendrás entradas y una calva. Serás un señor muy chistoso. —Dijo al tiempo que daba sorbitos intercalados a su bebida y se aguantaba una sonrisa.

Chistoso, esa era una palabra que usaban mucho los niños pero muy rara vez se la escuchabas a las personas mayores, a no ser que fueran muy viejos o muy infantiles. Casi después de eso, me confesó su edad. Recién había cumplido los dieciocho, eso explicaba en parte ciertas actitudes, aun así ella no había dejado de gustarme y en este país era ya una chica legal. Después de todo, yo no era como en nuestras bromas, un anciano. Un escalofrío me hizo mirar mis manos, que sostenían el tarro frío de cerveza y recordé que pronto me suicidaría. El haber estado imaginando la maduración de mi cuerpo me hizo gracia, que estupidez, yo jamás sería un anciano. Afuera la gente se resguardaba en las pocas tiendas que estaban abiertas. Los que llevaban paraguas aun así se mojaban pues la lluvia caía con fuerza y hacia pandear sus paraguas y sus hombros mojados, zamarreados pronto se daban cuenta que no valía la pena andar más y entraban al bar a tomar algo hasta que la lluvia amainase. Miré mi reloj: las once y media. Yo iba ya por mi tercer tarro, me emborrachaba rápido pues no solía beber tan seguido, y comencé a

mirarla con mejores ojos. Era linda, y me miraba también como quien mira algo hermoso. Yo no lo era, pero ella me miraba así. Y entonces miré una cicatriz más en la comisura de sus labios.

—Tengo un hijo—me confesó. Pensé que debía estar ya muy ebria, ella había tomado mucho más y aquello no era cerveza. Recapacité, era normal, algo así nadie lo oculta.

—¿Tú, un bebé? —Pregunté como si yo fuera ahora sí, un anciano. Ella rio un poco y vi una lagrima acumularse al borde de su ojo, estaba ahora más rojiza por el alcohol, y junto con ella parecía haber entrado en calor el lugar, ahora lleno de gente húmeda. Las personas reían cerca de nosotros, habían subido el volumen de la música y más personas comenzaban a calarse unos cigarrillos, pensé de pronto que quizá aquel lugar no había sido el indicado para el momento, o quizá no fuera sino el más adecuado pues, aquella vivencia tan común, me parecía entonces como un gran descubrimiento. Ella estaba al borde de una lágrima más, y noté hasta ese momento cuan despeinada estaba, su cabello estaba reseco, y en su cuello tenía varias marcas cárdenas. Sus uñas, las había pintado hace mucho tiempo y ya solo quedaban unos retazos del barniz azul. En su mano izquierda, los nudillos morados. Miré de nuevo hacia sus ojos, me sonreía de nuevo y con eso buscaba decirme que todo andaba bien. Yo lo entendí, pero supe que era mentira. Ese temblorcillo en su barbilla, sus piernas muy apretadas y la forma en la que acariciaba sus manos. La tomé y lo hice yo por ella, sus manos estaban más calientes que las mías, siempre tuve heladas las manos. Alguien había puesto su canción favorita, y ella comenzó a cantar despreocupada. Me soltó de las manos y tomó otro trago. El curso de la charla cambió por completo y afuera la lluvia cesó. Ella dijo que era momento de irse, yo no estaba de acuerdo, quería estar con ella, de ser posible quedarme a su lado toda la noche, seguir acariciando sus manos. A pesar del alcohol me sentía sexualmente alejado de ella, pero quería abrazarla pues la noche era fría y estábamos los dos solos. Una vez afuera nos apretujamos nuevamente.

—Me gustas mucho —dijo. Yo sonreí y la besé en la mejilla. Siempre fui tímido ya lo dije, ni con todo el alcohol me hubiera atrevido a más. Ella me acarició el rostro y yo me sentí un niño en comparación. Me había equivocado, ella había sido consiente de cada uno de sus movimientos, yo no. Me hubiese sonrojado de no ser por el frío, que ya me tenía rojizo de nariz a barbilla. Ella se fue en su taxi, antes me dijo que otra noche estaría conmigo, pero mañana teníamos que trabajar. La vi mirarme desde la ventana, sonriendo, y yo caminé hasta mi cama en donde no pude dormir. Al siguiente día me levanté hasta tarde. Tenía varias llamadas perdidas y un mensaje de la encargada de la dulcería, me habían despedido. No me importó, me bañé y fui a comer algo. Por la tarde, me paseé por el parque y, al anochecer fui al cine y a tomar un café. Ya no regresé a la dulcería. Supe unos meses después gracias a mis excompañeros que ella tampoco regresó al día siguiente. Cosa extraña pensé. Pasaron noches y noches, y comencé a recordarla y a recordar aquella lluvia, entonces se me llenaban los ojos de lágrimas y salía a caminar de noche como esperando encontrarla en una calle cualquiera.

¿Me había dicho su nombre? Ya no lo recordaba. ¿Qué canción había cantado?

Un día fui a dar hasta la dulcería, el letrero estaba ahí otra vez. Yo ya había conseguido otro empleo. ¿Por qué había dejado ir ese dulce suspiro? Me refería a ella. No supe contestarme así que fui a casa y me eché en la cama. Mis manos estaban frías. Cerré mis ojos y comencé a verla, figura pequeña, manos tibias, ojos pequeños. Y luego vi las marcas, la vi a ella cargando a su bebé en una noche fría, caminando hacía ningún lugar, sola. Un hombre iba tras de ella a paso furioso, ese por supuesto no era yo. Era un loco, un perverso que a cada zancada estaba más y más cerca de ella. Abrí los ojos a la oscuridad de mi habitación y miré la hora en mi celular. Después lloré mucho aquella noche y las siguientes sin entender del todo por qué. Yo solía estar triste, pero nunca lloraba.